
SIBERIA

Jesús María Sáez

SIBERIA

Una novela de Jesús María "Txusmi" Sáez.

Primera Edición: Octubre de 2017.

ISBN: 978-1979001991

Vitoria-Gasteiz, País Vasco-Basque Country (Spain).

txusmi13@gmail.com

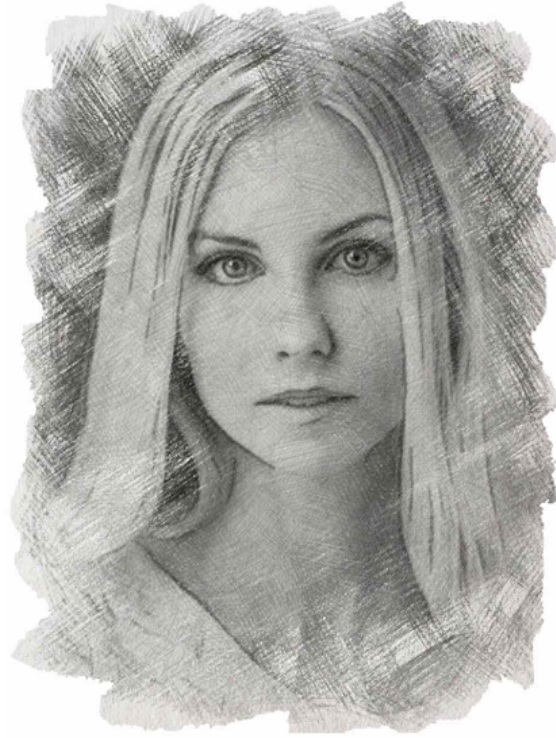
www.txusmi.com

Código de registro legal CCA:

1709043436676 Novela.

1709043436713 - 1709043436706 Portada.

Inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual de Autores del País Vasco con el número: 01 VI-116-27.



MARÍA NIKOLÁYEVNA IVANOVA

«El miedo es como la fe: se tiene o no se tiene, y yo no soy
creyente...»

ÍNDICE

ÍNDICE	4
PRÓLOGO	5
1	10
2	17
3	28
4	36
5	44
6	54
7	62
8	71
9	81
10	89
11	101
12	112
13	122
14	128
UNA HISTORIA INSPIRADA EN HECHOS REALES	138
AGRADECIMIENTOS	140

PRÓLOGO

NOVOAZOVSK, ÓBLAST DE DONETSK (UCRANIA).

Martes, 15 de julio de 2014.

El pequeño bosque cercano a la frontera rusa dibujaba a pinceladas una silueta tenebrosa y lúgubre. La noche cerrada cubría todo con su manto de rayón sedoso, mientras difuminaba unas delicadas nubes que se iban hacia el sur. Un búho sobre la rama de un roble exploraba atento cualquier movimiento en la hierba de hoja fina que pudiera indicarle dónde encontrar su cena. Un pequeño jabalí salvaje agitó los arbustos que limitaban la arboleda. A lo lejos un sonido casi imperceptible al principio, y luego lento pero constante se fue aproximando. Se hizo cada vez más intenso. El búho huyó a su refugio y la maleza pareció cobrar vida al estremecerse. Junto a un extenso llano herboso un impresionante y poderoso gigante de hierro descendía del cielo como un espíritu impío. Al llegar a unos diez metros del suelo iluminó sus ojos con intensidad y lanzó sus rayos cegadores ante el pequeño claro. A unos cuatro metros, el poderoso helicóptero Kamov se detuvo y comenzó a bailar una dantesca danza de muerte oscilando de un lado a otro. La puerta se abrió y cinco soldados del grupo de asalto de primera intervención saltaron al suelo y corrieron a parapetarse junto a los árboles. Eran tres hombres y dos mujeres, todos ellos vestidos con ropas de camuflaje y sin ninguna identificación. Llegaban en una operación relámpago desde su sede en el Krai de Krasnodar, una de las regiones administrativas de la Federación Rusa situada en el Cáucaso norte, al este de Ucrania y próxima por tanto a la conflictiva zona de Crimea y Sebastopol. El sargento mayor al mando del grupo, el veterano Aleksey Serkin, hizo una señal de reagrupamiento mientras veía ascender hacia las alturas el versátil aparato bélico.



La misión encargada al comando era muy concreta: la inteligencia rusa sabía con certeza que se preparaba un inminente ataque a un posible objetivo civil de gran envergadura. Los prorrusos tenían tomada la zona y todo ese lugar proclamaba una independencia unilateral que Rusia acogía con los brazos abiertos, pese a las presiones

internacionales que no tenían nada que hacer ante la estratégica posición de los territorios de la península del sur para la Flota del Mar Negro.

Tenían veinticuatro horas para descubrir si eran los propios rebeldes, el ejército ucraniano o algún grupo extremista afín al DAES quienes planeaban una acción salvaje, con el objetivo de neutralizarlos. El Kremlin andaba nervioso. Una lancha anfibia les esperaba la siguiente noche en una cala del mar de Azov, para ser recogidos por el buque *Kildin*, que tenía línea directa con el alto mando.

Serkin indicó al cabo Dmitry Mijáilov que le siguiera por el interior del bosque una vez consultó su GPS. La soldado primera Masha Ivanova y su par Inga Simonova se agregaron a ellos acompañadas por el novato Lyov Baranov, que se estrenaba esa noche en su primera operación especial nocturna. Tras moverse rápidos durante más de quince minutos, se detuvieron próximos a una carretera principal. Lejos quedaban las luces amarillentas de la ciudad de Novoazovsk, controlada de alguna forma por los grupos afines a la escisión de Ucrania. Aleksey estudió el terreno junto a Dmitry, que extendió el mapa. Masha vigilaba atenta parapetada en su fusil de asalto AN94 que no le terminaba de convencer. Acostumbrada desde hacía años al todopoderoso AK74, la complejidad del Nikonova 1994 se le antojaba caprichosa, aunque su ráfaga de dos disparos y su prácticamente inexistente retroceso lo convertían en un arma especial.

Su compañera vigilaba el flanco contrario mirando por el visor de su arma y el joven Lyov estaba sobreexcitado, atento en demasía a cualquier ruido extraño. Cuando iban a comenzar nuevamente la marcha sonó una especie de silbido apagado. El cabo pegó un grito de angustia: —¡A cubierto! ¡Un cohete!—. Cada uno se lanzó donde pudo mientras un proyectil impactaba a unos cincuenta metros del grupo. Nadie resultó muerto pero la metralla les alcanzó a tres de ellos. Masha es la que salió peor parada: recibió un trozo candente que le rasgó el vientre tres o cuatro centímetros por su lado derecho debajo del hígado; otro trozo de metal se le incrustó en el intestino en el lado izquierdo y una pieza mayor le amputó el extremo del dedo meñique de la mano diestra. Aleksey recibió el impacto de una esquirla en la cabeza que a punto estuvo de atravesarle el casco. Quedó conmocionado en el suelo. Mijáilov sufrió un profundo corte en el hombro derecho y perdió el lóbulo de la oreja, quedando también con el tímpano perforado. Inga salió ilesa y la suerte del novato acompañó a Baranov, que regresó de la misión sin un rasguño.

El grupo tuvo que ser evacuado y los heridos operados de urgencia, tras llegar como pudieron ayudándose unos a otros hasta el litoral. Toda la misión se fue al traste apenas comenzó. A los dos días, el dichoso diecisiete de julio, un misil tierra-aire lanzado desde la zona próxima a Grábovo derribó un avión Boeing 777 de Malaysia Airlines con doscientos ochenta y tres pasajeros y quince tripulantes a bordo. El gobierno ucraniano, el ruso, los Estados Unidos y la Unión Europea se recriminaron mutuamente, pero los casi trescientos muertos guardaron silencio sepulcral.

ANAPA, KRAI DE KRASNODAR (RUSIA).

Lunes, 21 de julio de 2014.

El hospital militar donde operaron a Masha era uno de los más punteros de la región oeste de la Federación. Situado en la pequeña ciudad portuaria de Anapa, junto a la desembocadura del río que la bautizaba con su nombre, en una bahía de la costa norte del

mar Negro, ostentaba el dudoso honor de operar al mayor número de combatientes heridos de toda Rusia, por encima incluso del que existe en el mismo Moscú. Después de dos intervenciones y otros tantos meses internada en sus instalaciones para recuperarse plenamente, María Ivanova se volvió dependiente: primeramente dependiente de una pensión de invalidez temporal que acabó pronto, ya que su compromiso con el ejército finalizaba en siete semanas y, como le dictaminaron que sería inútil para la milicia hasta al menos un año, las Fuerzas Armadas rescindieron su contrato y la pusieron de patitas en la calle a sus veintinueve años, perdiendo la bonificación que le esperaba al final de su trayecto militar. Dependiente también de los tranquilizantes y ansiolíticos que necesitaba cada noche para poder conciliar el sueño, y desterrar así las continuas pesadillas que acudían a su mente acompañando a Morfeo una vez que la oscuridad invadía la habitación. Dependiente del vodka, ante el cual ya se había rendido y arrodillado antes del incidente en Ucrania, y que sustituyó en parte su adicción a los opiáceos. Dependiente, finalmente, en una tienda de recuerdos en el centro histórico de Moscú, en la peatonalizada, siempre bulliciosa y monumental calle Arbat, lugar por excelencia de los artistas, la nobleza y los académicos; en donde empezó a trabajar una vez abandonada la residencia sanitaria con menos de cincuenta y tres mil rublos en la cuenta bancaria.

MOSCÚ, DISTRITO CENTRAL (FEDERACIÓN RUSA). Sábado, 4 de octubre de 2014.

Mientras vendía horrendos suvenires con forma de bola de cristal donde la nieve artificial caía perenne sobre la catedral de San Basilio, ordenaba las *matrioskas* policromadas que los visitantes habían mezclado en los estantes, o recontaba las cucharas de madera de tilo secada y pintada al estilo Jojломá, que desaparecían misteriosamente cada día; Masha después continuaba entrenando en un gimnasio de alto rendimiento para recuperar la forma física que tenía anteriormente para poder abandonar ese trabajo provisional que le reportaba un dinero fácil de momento. La idea era más adelante optar a un puesto de instructora militar o incluso de guardaespaldas.

Por la tarde del primer sábado de octubre al cerrar la tienda al público, Vladimir, el propietario, contaba con satisfacción el abultado número de rublos, dólares y euros que rebosaban la abundante caja de la jornada. Pese a que la nieve caía ya en la capital con generosa intensidad, esa semana había sido pródiga en turismo invernal, con ofertas muy económicas de los turoperadores, que normalmente conllevaba un claro aumento de visitas a la céntrica tienda. Vladimir Gagarin siempre había tratado bastante bien a la joven exmilitar. Cierto era que cuando su mujer no estaba en el local (como ahora era el caso), Masha notaba las furtivas miradas a su trasero o a los pechos, pero no le daba demasiada importancia; al fin y al cabo, lo excusaba pensando en que era un hombre casado acostumbrado a un repetitivo menú del día sin grandes excesos.

Pero ese día fue diferente, a su pesar. Tras contar el dinero y mientras María estaba apoyada sobre el mostrador revisando las facturas, Vladimir se le acercó por detrás. Sin mediar palabra se abalanzó sobre ella aplastándola sobre la cristalera. En esa postura, casi inmovilizada, con su mano izquierda estrujó el seno de la chica y con la otra le subió la larga falda acampanada e intentó introducirle los dedos bajo las bragas. Masha notaba la excitación intensa de su jefe y un recuerdo de la adolescencia le invadió con un agobiante

sabor a hiel. En un momento, la atlética mujer se catapultó con fuerza hacia atrás arrastrando a Vladimir contra la estantería trasera. Los huevos de Pascua decorados cayeron por el suelo haciéndose añicos, junto a varias familias de muñecas rusas. De un certero movimiento retorció el brazo del propietario provocándole una luxación del hombro izquierdo. Aprovechando que la había soltado, dio un giro veloz con la pierna elevada que impactó con sus *katiuskas* de grueso tacón en las costillas del tendero. Dos de ellas sonaron en un crepitar frágil que indicaba una rotura con principio de neumotórax. Vladimir Gagarin aulló de dolor mientras se deslizaba pared abajo hacia el suelo, lo que aprovechó Masha para lanzarle con el puño un golpe seco, rápido y duro al tabique nasal que se deshizo en astillas y sangre.

El tendero lloraba desde el suelo a punto de perder el conocimiento por el intenso dolor, mientras la sangre le caía aparatosamente por la cara. Ella se quedó mirándolo sin mostrar el mínimo atisbo de conmiseración desde la perspectiva de sus ojos fríos como los de un husky.

—¿Esto es lo que quieres? —le preguntó mientras se subía la falda.



Se quitó su ropa interior con la otra mano dejándola caer por las piernas y recogíendola después de pasarla con dificultad por entre el calzado de invierno. Su pubis quedó a la vista, mayormente depilado mostrando un sexo cautivo, misterioso y deseable. A continuación levantó el pie derecho apoyándolo en la pared sobre la cabeza del comerciante, que quedó escondida bajo las piernas y la falda que se deslizaba. Y la chica descargó su vejiga encima de él. Un chorro fluido e intenso de un rubio casi transparente le salpicó todo su cuerpo, revolviendo sangre y orín en una mezcla maloliente y dulzona. Vladimir, que había dejado de sollozar, volvió a hacerlo con una repetición lastimera fruto más de la humillación y desesperación que del profundo dolor que le embargaba.

Cuando terminó, Masha fue a la caja registradora, cogió un fajo de billetes y retiró noventa mil rublos. En uno de los cajoncitos introdujo sus bragas negras a modo de regalo. Salió hacia la puerta pasando nuevamente junto al hombre encharcado en el suelo:

—Por cierto —le dijo mientras se ponía el abrigo—, mañana no me esperes, que no voy a venir a trabajar. Creo que lo dejo. Me llevo el sueldo de este mes y el de uno más como finiquito. Cuídate y dale recuerdos a Nastia de mi parte. —Y se marchó de la tienda con la satisfacción de saber que se encontraba en plena forma recuperada de sus lesiones, con la seguridad de que ese trabajo que abandonaba no era adecuado para ella, con la

premura de encontrar una boca de metro para volver a su apartamento y con la sensación de libertad y fresquito que daba el andar sin nada bajo la falda cuando la temperatura exterior se aproximaba a tres grados.

1

*PUERTO MARINA, BENALMÁDENA. COSTA DEL SOL (ESPAÑA)
Jueves, 23 de junio de 2016.*

María Nikoláyevna Ivanova salió del cuarto de baño mientras se secaba el pelo vigorosamente con una suave toalla de tejido portugués. Se plantó ante el espejo del salón comedor y se quedó mirando su reflejo. Se despojó del albornoz blanco que la cubría y vio su bella figura. Su cuerpo era esbelto, sensual y a la vez fibroso, moldeado por las muchas horas de gimnasio y entrenamiento. Medía un metro setenta, pesaba cincuenta y cuatro kilos y lucía una melena rubia con un corte francés, apenas reconocible ahora con el pelo encrespado y húmedo. Ladeó la cabeza mientras se contemplaba. Admiró sus brazos fuertes con los músculos bien marcados, capaces de resistir sin desfallecer ciento veinte flexiones seguidas. Y con ese tatuaje en el antebrazo izquierdo: *la Santa Muerte* mejicana; esa buena muerte justiciera y nada vengativa, aunque también tristemente vinculada al narcotráfico, la prostitución y la piratería. Pasó las manos por sus senos, perfectamente redondos y enhiestos, y sonrió. Eran preciosos. La cirugía le había costado un buen dinero y algo de sufrimiento pero a cambio su anterior busto, escaso en volumen aunque bonito, había dejado paso a un par de pechos magníficos de tamaño óptimo que le daban seguridad y capacidad de seducción como antes nunca había imaginado. Sus manos descendieron por el estómago hasta su barriga. Dos cicatrices todavía recientes se notaban a ambos lados del ombligo. Acarició las marcas con vehemencia como recordando todo lo ocurrido aquella noche en Ucrania, y se detuvo en su vientre. Giró el cuerpo contrariada: no es posible, parecía que había engordado un poco...

—*Nu ya i raskobanela!* —exclamó molesta. Era verdad que se tomaba ciertas libertades con su dieta los fines de semana, pero eso nunca era problema con la disciplina del gimnasio. Y de ninguna forma parecía un jabalí, tal y como había exclamado en ruso. Entró de nuevo en el cuarto de baño y sacó con el pie la báscula de debajo del lavabo. Subió sobre ella y leyó la pantalla.



—«Estoy buena, buena» —pensó en voz alta—. Sonrió de nuevo y se tranquilizó. De una patada envió el peso a su sitio. Se admiró nuevamente ante el espejo del baño contemplando su sexo deseable y unas piernas duras y tersas. Tan solo las rodillas (también los codos) desentonaban en ese organismo femenino casi perfecto. Ambas estaban desgastadas y un poco deformes tras tanto entrenamiento de cuerpo a tierra y tanta flexión. Se sentó sobre la cama y sacó de uno de los cajones del armario empotrado del dormitorio un sujetador *push-up* blanco sin aros y unas braguitas a juego. Tenía que ir siempre conjuntada. No soportaba ponerse piezas de lencería de diferente estilo, y no digamos de diferente color. Eso lo heredó de su madre, o más bien al contrario. Cuando era pequeña, recordaba a su mamá en la aldea de Molodoshkovo, en la región de Pskov, ahora con un estancamiento demográfico y una despoblación rural implacable. Ella cuidaba de la pequeña Masha, la menor de tres hermanos y la única niña de la familia. Todos se dedicaban a las tareas del campo. Compartían una vivienda básica en medio de la nada. Sobrevivían a duras penas con lo que la tierra les daba. No había lujos, ni exceso..., no había casi de nada. Recordaba a su madre lavándose con ella. Y recordaba la ropa interior que llevaba: cada parte de un color; fea, desgastada y estropeada. Y Masha se dijo: no. Ella no llevaría nunca una ropa íntima así, aunque fuese lo último que hiciera, iba a vestir por dentro con categoría, con delicadeza, con estilo...

Y lo cumplió desde que se fue de aquella tierra árida sin futuro cuando tenía quince años. Por eso ahora se vestía de suave satén y a la moda cómoda del mercado, con lo último que había comprado en Women'secret la pasada tarde. Se puso una camiseta blanca sin mangas y añadió una funda sobaquera para su pistola Makarov PM, considerada una joya de colección para algunos, pero funcional y sencilla para quienes la utilizaban en las Fuerzas Armadas. Se abrochó solamente un par de botones de la blusa beige que se colocó por encima y se embutió en unos ajustados vaqueros a la moda: desgastados y descosidos en las rodillas. Finalmente se calzó unas Adidas de *running*.

Antes de abrir la puerta de la calle recogió de un platito que había junto a la entrada las llaves de casa, del coche y una fotografía sacada de su *mail* e impresa en la tienda de fotos de los soportales, que estaba junto a ellas. Metió todo en su bolso y salió a la escalera cerrando con suavidad.

El Puerto Deportivo de Benalmádena, más conocido como Puerto Marina, presume de ser un lugar idílico. El mar Mediterráneo entra calmado en la dársena y mueve con delicadeza las embarcaciones allí ancladas, algunas de gran calado. La zona residencial de lujo, con su arquitectura particular, los servicios privados y su acceso restringido a los turistas permiten a los residentes una cierta tranquilidad dentro del mundanal ambiente de ocio y restauración que día a día invade el fondeadero. Sentada en el interior del Audi S3 blanco que tenía en alquiler en el aparcamiento exclusivo del bloque de apartamentos, Masha reflexionaba sobre su situación. Recordaba aquel día en que conoció a Sergey. Seis meses más tarde de ser dada de alta en el hospital militar, mientras aprovechaba el tiempo acabando su curso de español intensivo en el Instituto Cervantes de Moscú, se lo encontró en el *lunch* que ofrecieron a estudiantes y colaboradores con motivo de la Pascua. Sergey Sokolov era un hombre entrado en años, aunque alto, rubio y apuesto. Vestía con elegancia, pero con esa indiferencia de quien sabe que va impecable y puede permitirse un detalle rebelde. Tenía un halo de seguridad a su alrededor que fascinaba con solo mirarlo.

Él sabía todo de la joven Masha: su trabajo en el ejército, su salida precipitada tras el incidente en Ucrania, su situación económica, su vida familiar... hasta el abandono repentino de su trabajo en la tienda de regalos.

Aquel no fue el único encuentro. Tras tantearla y mantener con ella unas conversaciones aparentemente intrascendentes, pero con profundo trasfondo patriótico, volvió a aparecer en la fiesta de fin de curso en junio. Ahí ya no se anduvo mucho por las ramas. La abordó con un canapé en la mano y la citó para una «entrevista de trabajo» al día siguiente en el parque Gorky. María no supo ni qué contestar, pero Sergey le ofreció una copa de vino blanco y con su mirada profunda a través de unos ojos muy azules, pequeños e intensos la sedujo. En todos los aspectos. No solo acudió a la cita el día siguiente en el parque dedicado al escritor soviético, sino que terminó retozando en su alcoba con aquel hombre cuarentón sin apenas conocerlo. Le vino a la memoria el encuentro junto al río Moskova, sentados en un banco frente al impresionante campus universitario:

—Mi querida Mishenka —le dijo con aire paternal; de hecho, nadie la había llamado de esa manera tan cariñosa fuera de su familia—. Eres la persona que andamos buscando... —Y le explicó su oferta de trabajo: esta consistía en «dar de baja» a ciertos sujetos *non gratos*, que con sus actos o comportamientos causaban un perjuicio notable en las altas esferas de la Federación Rusa e incluso quebrantaban al propio país, colocando en entredicho a la mismísima seguridad nacional.



Masha, sorprendentemente, no rechazó aquella barbaridad que le estaban proponiendo. Solo fue capaz de preguntar titubeando por qué era ella la elegida. Sergey le explicó que el Servicio Federal de Seguridad y el Departamento Central de Inteligencia tenían claro que su historial era brillante, sus orígenes nobles y su dedicación y efectividad incuestionables. Tras largos paseos los días siguientes y profundas reflexiones sobre la integridad personal y el casi perdido sentimiento nacionalista soviético, la sesión finalizó en la cama de Masha. Allí, tras hacer el amor como una gata en celo, recibió las instrucciones necesarias para ejecutar su primera misión.

Se trataba de Nikolai Gólubev. Un ingeniero nuclear de treinta y ocho años. Lo tenía todo: buena posición social, buen sueldo, una hermosa mujer y una niña de cuatro años adorable. Vivían en una amplia casa en la fría Severodvinsk, una de esas ciudades militarizadas que casi no aparecen en los mapas y que están prohibidas a los extranjeros.

Debía estar allí unos cuatro años, mientras se terminaba el proyecto de crear una Central Nuclear Flotante que iba a abastecer desde un barco las zonas más remotas aisladas de la red principal rusa, próximas a Siberia y con frecuentes problemas de suministro. No se sabe muy bien si fue por ambición, por nuevas expectativas laborales o por la idea de salir de aquel inhóspito lugar, pero la cuestión es que Nikolai vendió los planos del proyecto y su asesoramiento a Corea del Norte por una cuantiosa suma de dinero. Fue declarado enemigo del Estado y el propio Servicio de Seguridad ruso lo buscó. Se instaló definitivamente en Helsinki con su familia, lejos de las garras de la madre patria. Completado un breve periodo de preparación táctica, Masha fue a buscarlo a Finlandia. Tardó casi tres meses en encontrarlo. En cambio tardó apenas diez segundos en volarle la cabeza de un tiro a quemarropa en el garaje de su vivienda. Misión cumplida. Vuelta a casa. Vuelta a la cama con Sergey.

Un claxon insistente devolvió a la realidad a la rusa. Un tipo moreno de edad indefinida, bien arreglado, con un aire de antiguo *yuppie* detuvo su coche ante ella al pasar por el estrecho acceso al puerto. Conducía un Golf Cabriolet de un espantoso amarillo chillón, con unos cuantos años pero cuidado impecablemente:

—¡Hola belleza! Hace varios días que no te veo por la piscina —exclamó el individuo encantado de verla—. ¿No te habrá dado una alergia al agua, verdad? —prosiguió con sorna—, porque no soportaría dejar de contemplar tu cuerpo pálido desde mi ventana...

Masha se asomó por la ventanilla abierta de su coche y sonrió fingidamente a su vecino del bloque de enfrente:

—He andado con mucho trabajo, Fabricio. Supongo que eres capaz de estar unos días sin verme...

—Mi linda rusita, iyo soy incapaz de estar un minuto sin verte! Te recuerdo que aún tienes una cena pendiente conmigo...

—Ya hablaremos, ya. Ahora no te puedo prometer nada.

—De acuerdo, bombón. Te lo recordaré por la tarde a última hora. *Addio!* —Y aceleró su coche para salir por la verja forjada de una de las islas artificiales del embarcadero que ya había abierto con el mando a distancia.

Masha movió la mano levemente como despedida mientras resoplaba. Fabricio Peruzzi era un malagueño, con padre argentino y madre italiana. Es decir, reunía todos los boletos posibles:

**33 % de argentino
+ 33 % de italiano
+ 33 % de español
= *Date por jodida.***

Desde que ella había llegado tres semanas antes a la urbanización de apartamentos de lujo donde residía temporalmente, Fabricio intentó invitarla en un par de ocasiones, sin conocerla apenas de nada. Sin duda una mujer con armoniosos rasgos rusos era una presa apetitosa para un cazador como el italo-argentino. Masha se resistía, pero en su interior sabía que tarde o temprano o quedaba con él o le pegaba un tiro. Y aunque esto último no era una idea descabellada, estaba fuera de lugar. Su cerebro ruso no entendía esa ansiedad mediterránea y especialmente tan latina de perseguir hasta la saciedad a las

mujeres para, como todos, intentar acostarse con ellas. En eso sus compatriotas orientales eran más directos: bebían, invitaban a beber y si la chica quería follaban. No se complicaban demasiado. Si no lo lograban seguían bebiendo hasta el siguiente intento otra noche con otra mujer. Aunque solo fuera por probabilidad, alguna, tarde o temprano, caería borracha.

En el bello complejo portuario, María Ivanova llevaba poco menos de un mes preparando su siguiente trabajo. Las personas que residían en la urbanización eran en su mayoría empresarios, gentes de la llamada *jetset*, algún personaje del séptimo arte que huía de lugares más populares, y turistas de alto poder adquisitivo que cambiaban frecuentemente tras pasar unas semanas de descanso navegando en sus yates alquilados, dejándose ver y dando un poco de vida a aquellos enormes apartamentos venidos a menos desde unos años atrás por la crisis. Quitando a los encargados de mantener atendido el lugar, al propio Fabricio, y a tres o cuatro inquilinos permanentes, todos los demás iban y venían cada uno a su negocio sin inmiscuirse en la vida de los demás, lo cual le hacía a ella pasar bastante desapercibida, como era su propósito.

Fue a arrancar el motor del coche, pero primero sacó del bolso la fotografía que había guardado anteriormente. Era su próxima víctima, su trabajo actual, su objetivo inminente. Se trataba de un hombre de complexión media, más bien alto, moreno, de ojos marrones con mirada profunda. Era natural del norte de España, del País Vasco. Tenía cuarenta y cinco años, estaba divorciado y parecía un excéntrico... Porque sino ¿a quién se le podía ocurrir el dedicar los últimos meses a viajar en tren de manera indefinida a lo largo y ancho de España? Bueno, a un excéntrico o a un idiota, también cabía esa posibilidad. En dos días debería coincidir con él en Sevilla, a bordo del Al Andalus: un tren turístico de lujo que parte desde la capital del Guadalquivir hasta Madrid, recorriendo la Ruta Extremeña, Toledo y Aranjuez. Era la apuesta de Renfe por los trenes turísticos de lujo en el sur de la península, que complementaba con el circuito por Andalucía.

De todas formas, no le pareció un trabajo demasiado complicado. Aunque a decir verdad, casi ninguno de sus «trabajos» fueron nimiamente complicados.

Tras dar matarile al ingeniero Nikolai, el siguiente encargo se desarrolló dentro del propio Moscú. Anna Kozlova, una nueva aristócrata rusa vinculada a los entramados oscuros próximos al accionariado del Banco Rossiya, estaba complicando la existencia más de lo adecuado a uno de los propietarios más poderosos en la construcción de oleoductos y electricidad. Anna, bisexual, aficionada al sadomasoquismo, a la cocaína y a otros vicios ocultos, amenazó con filtrar a la prensa ciertas fotos en las que personalidades respetables relacionadas con el petróleo no quedaban en buena posición. A cambio, pedía una importante cifra de muchos rublos para mantener la boca callada. Aunque Masha se encargaría de que esa boquita no hablara más. En un principio la propia policía o los servicios de inteligencia iban a hacerse cargo del asunto, pero tras una campaña de presión del líder de la oposición a Putin, Alexei Navalny, que acusaba al propio gobierno de crear un «sistema neofeudal», decidieron que era mejor atajar el problema desde otra perspectiva.

María Ivanova abordó a Anna en un cóctel aburrido prenavideño dado por una todopoderosa empresa china dedicada a la fabricación de componentes electrónicos de bajo coste. Lucía un traje de cuero y piel vuelta bastante ajustado en las caderas y lo suficientemente suelto en el escote, como para que la aristócrata se fijara en ella y en sus pechos nada más verla en la fiesta.

—A mí este sitio se me queda pequeño y asfixiante —le dijo Masha con una mueca de picardía y travesura en la cara—. A lo mejor tienes en tu casa algo con más emoción...

—Incluso puedo tener algo más asfixiante aún —le respondió Kozlova rodeándola por la cintura.

Y en menos de una hora, las dos mujeres estaban en el lujoso apartamento de la calle Ostozhenka, propiedad de un magnate de la construcción y cedido en uso a la elegante Anna. Fue esta última quien tras ofrecer una copa a su invitada le arrojó sobre las piernas una máscara de cuero, unas esposas y un apretado modelo de látex con los orificios necesarios para poder disfrutar en compañía.

—¡Póntelo! —le ordenó mientras iba al baño a prepararse ella también.

Cuando Anna regresó, Masha seguía sentada en el sillón degustando la bebida tal y como la había dejado.

—¡Te he dicho que te pongas eso, puta! —le gritó enfadada la anfitriona, vestida con un picardías negro y unos zapatos de tacón prominente—. Eres mi esclava —continuó.

—No —respondió la agente rusa dejando la copa en la mesilla de mimbre y apartando un cojín que cubría su pistola con silenciador—, no soy tu esclava. Soy tu asesina.

—¿Puedes no reventarme la cara con ese chisme? Me encantaría que me recordaran como estoy y no hecha un guiñapo sanguinolento. —Tuvo el arrojo de decir.

Y Masha, implacable, fría, sin una expresión de humanidad, se levantó, metió el cañón de su Makarov entre las costillas de Anna y le reventó el corazón de un disparo silencioso. Cayó sobre sus brazos, y los senos húmedos de sangre caliente y espumante le provocaron una sensación placentera al sujetarla. La dejó sentada en el suelo con una pose exagerada. Una situación sin duda desconcertante. La presumida mujer fue consecuente hasta sus últimos momentos.

Sonrió recordando aquel cuarto, aquel lujoso apartamento en una de las zonas más ricas y exclusivas de Moscú. Luego «alguien» registró el lugar e hizo desaparecer cualquier prueba delicada. A ella le daba igual. Anna Kozlova era una zorra sin escrúpulos que vivió jugándose el tipo y lo perdió finalmente por apostar demasiado alto; como Nikolai Gólubev.

Ahora tenía ante sí a otro individuo al que debía de eliminar. Únicamente sabía de él cuatro cosas básicas. No entendía en esta ocasión por qué era un enemigo de su país. Pero descubrirlo no era su trabajo, no le pagaban para eso.